Igualdad destruida

Era el año 1860 y en el medio del mar Mediterráneo había una isla grande que se llamaba Eirene. Todo era paz y armonía, porque todos convivían como iguales y cada uno trataba con respeto a los demás. Así fue la isla durante siglos. En esa misma isla, había una niña de 10 años llamada Kianga. Era una jovencita inocente llena de curiosidad por los demás y con mucha compasión que dar incondicionalmente porque en su hogar, la norma era tratar a los demás de la misma forma en la que quieres ser tratado. Y es verdad que el mundo entero seguía esa norma; ¿verdad? Bueno, Kianga descubriría, ese mismo año, que eso no era así.

Era el 2 de julio de 1860 y la gente de la isla estaban disfrutando del verano. La mitad de hombres y mujeres estaban cuidando del ganado o atendiendo los campos y el resto cuidaban de sus hogares. Mientras tanto, los niños estaban jugando bajo el sol. Kianga estaba trepando por los árboles con sus compañeros de escuela. Todos tenían distinto color de piel: clara, bronceada y oscura; pero los niños no pensaban en eso, veían niños y seres humanos como ellos mismos y disfrutaban de su compañía. La sonrisa de Kianga se iluminaba tanto como el sol sobre su piel oscura y sus rizos negros al encontrar orugas y mariposas en las ramas con sus amigos.

De repente, un grupo de niños les gritaron a todos que había un nuevo barco llegando a la isla. Esto no era nada nuevo, porque mucha gente llegaba a Eirene buscando una vida más tranquila; pero este barco no era como los otros. Este era muy grande y extravagante y cuando se acercó lo suficiente, los residentes vieron que la tripulación de piel clara vestía de forma igualmente

extravagante. Pero lo más raro para Kianga era que la tripulación de piel bronceada y oscura estaban vestidos con ropa desgastada y que estaban muy delgados. Sujetaban sombrillas sobre los pasajeros de piel clara y ropajes extravagantes y sus caras expresaban seriedad, ansiedad, miedo y tristeza.

La primera persona en bajar fue un hombre de alta estatura, pelo dorado y ojos negros. A Kianga le parecía el hombre más raro del mundo, porque tenía la cara más seria que ella vio en su vida;y podía ver en sus ojos que no aprobaba la gente de la isla. –Soy el conde Humbert Pereira, -dijo él –y vine a ver cómo es la vida en la isla Eirene.

Los habitantes le dieron al conde y a su tripulación una cálida bienvenida y les mostraron sus granjas, hogares, praderas, bosques y playas. El conde parecía tan satisfecho con los lugares que se le notaba en la cara y Kianga se olvidó de su extrañeza y lo consideró, junto a su tripulación, unos de los suyos. Sin embargo, después de unas horas, todos escucharon unos gritos y golpes en medio de la plaza de la isla. Los gritos eran del conde que gritaba –¡Estúpido negro! ¡Ni se te ocurra volver a chocarte contra mí nunca más!

Todos fueron a ver qué eran esos ruidos, y vieron que el conde estaba dándole patadas y gritos a Leo, el hermano de 6 años de Kianga; y el pobre estaba llorando por el dolor y el miedo. - ¡Deja a mi hermano en paz! –gritó la niña mientras se puso entre su hermano y el conde. - ¿Quién te dio derecho a hacerle daño al pobre Leo, bravucón? –dijo con todo el valor que tenía en su pequeño corazón. Pero el conde se enfadó más y sacó su pistola. Disparó al aire y todos taparon sus oídos por el fuerte ruido.

-¡Cállate sucia! ¡Quiero que todos los negros se separen de los demás, ahora mismo! –gritó a todo pulmón. Los habitantes de la isla estaban horrorizados y enfurecidos. ¿Quién se creía este desconocido para amenazarles? ¿Cómo se atrevía a pegarle a un niño? Pero les invadió el miedo y se separaron según su color de piel. Kianga se llevó a su hermano y se pusieron con la gente oscura, mientras que el conde comenzó a decir cosas de lo más absurdo.

-De ahora en adelante, esta es mi tierra y vosotros me vais a obedecer; si no lo hacéis, cosas malas van a pasar. - dijo con una voz profunda y aterradora.

Los habitantes de Eirene tenían mucho miedo y rabia. Dieron la bienvenida a estos desconocidos y les trataron como basura. En los siguientes días, Kianga vio cómo era la vida con estos monstruos de las ropas extravagantes. Ellos no trataban como iguales a los demás; si algunos tenían un aspecto distinto a ellos, los despreciaban; y todos los que trabajaban para ellos, eran maltratados. Toda la gente con piel oscura eran parte de ese grupo.

Kianga y su hermano fueron separados de sus padres y obligados a trabajar para el conde Humbert Pereira. Trabajar para él fue una pesadilla. Les gritaban por las cosas más insignificantes, les pegaban y quitaban comida por no hacer algo de forma exacta y les acusaban por cosas que no hacían. Kianga sufría mucho y ya no podía más con esta situación, pero sabía que tenía que ser fuerte por su hermano pequeño, ya que sus padres no estaban. Entonces procuró recordarle a Leo que hay tratar a todos con bondad y compasión; porque es cierto que mucha de gente de piel clara les trataba con desprecio, pero que también huvo gente que les trataron bien. Gracias a ello Leo era muy amable con los niños de piel clara y se volvió amigo en secreto de los hijos del conde. El

mayor problema eran los adultos, que sin importar lo bien que los hermanos les trataban, siempre eran groseros y violentos con ellos.

Pasaron los años, y Kianga y Leo se hartaban de ser buenos todo el tiempo. Aunque había personas que les hablaban con respeto y sin violencia, el conde y sus amigos les trataban a ellos, su familia y amigos viejos como la escoria de la Tierra. Kianga y Leo ya tenían 14 y 10 años, y estaban a punto de explotar por los maltratos diarios. Estaban deprimidos, paranoicos y frustrados. ¿Cuándo iba a terminar esta pesadilla? ¿Cuándo se irían estos monstruos para poder dejar en paz a toda esta gente inocente?

Todos ellos estaban muy delgados, porque no les daban de comer lo suficiente; y la desnutrición les hizo sentir muy cansados y débiles. El conde se enfurecía y frustraba cada vez que los niños se desmallaban. Y por ello, les daba una tremenda paliza y más trabajos que antes. Sus familiares y amigos tan solo miraban y disfrutaban el espectáculo. Ellos pensaban que sus esclavos solo eran bestias de carga, pero pronto descubrirían que ellos eran capaces de ser tan poderosos como el fuego.

Era el 2 de julio de 1864, el aniversario del descubrimiento de las nuevas tierras, según el conde; pero la gente de Eirene sabían que en realidad era el aniversario de "Igualdad Destruida". El conde Humbert Pereira quiso dar un gran baile al que toda la gente importante estaba invitada. Obviamente, Kianga debía asistir con varios esclavos más y su hermano como sirvientes y como muestra de la riqueza y el poder del Conde.

El Conde quería hacer un pequeño espectáculo para su fiesta: hacer que su hermano Álvaro tirara pintura negra sobre los dos hermanos y hacer que luego lo limpiarán todo mientras que todo el mundo se reiría de ellos.

La fiesta fue la fiesta más aburrida que Kianga y Leo habían estado en todas sus

vidas. Los invitados solo hablaban sobre dinero, política y propiedades. Los bailes eran aburridos y muy serios; y la cena era demasiado refinada. Extrañaban las fiestas que había cuando eran más pequeños. Pero siempre podía ser peor; ¿verdad? Pues sí.

En medio de la gran danza, Kianga y Leo estaban recogiendo los platos vacíos de la cena. De repente, el hermano del conde, Álvaro, se les acercó con un gran cuenco de cristal con una pintura negra. Cuando se dieron cuenta, el hermano del Conde ,Álvaro, les tiró la pintura sobre la cabeza y se derramó por sus por encima de ellos y por todos el suelo. Los hermanos gritaron por el gran susto y en ese momento, todos los invitados empezaron a reírse.

- ¿A qué esperan? ¡Límpienlo! -dijo el Conde con voz fría y burlona.

Los jóvenes empezaron a llorar por la gran humillación.

En ese momento se escucharon dos disparos en el gran salón de baile y cuando los niños pudieron abrir los ojos, el Conde y su hermano estaban en el suelo, cubiertos de sangre. Al levantar la vista, vieron a sus padres en frente de ellos con una pistola en la mano. Estaban tan felices de reunirse, pero aún había más que hacer. Los demás esclavos empujaron a todos los amos, les quitaron las armas y comenzaron a dispararlos.

Acabó habiendo una batalla en el palacio que con el tiempo se llamaría "La Batalla contra la Opresión "

Al amanecer, todos los blancos que lograron sobrevivir se escaparon de la isla en sus grandes barcos, jurando nunca volver. Dejaron a sus esclavos; se subieron a los grandes barcos y se dirigieron hacia el norte, para nunca más regresar.

Por fin, la pesadilla había acabado. Kainga y Leo pudieron reunirse con sus

padres y amigos, pero el mayor problema ahora, era devolver la isla a su estado anterior. Tardaron varios meses, pero consiguieron arreglarlo todo gracias al trabajo que hicieron todos juntos.

Al final, todo volvió a ser como antes y Kainga aprendió una gran lección:

"Es correcto tratar a los demás como uno quiere ser tratado, pero también es importante defenderte y defender a los demás."

- EXCEDE LIMITE -

No imaginé que sería testigo a algo tan cruel. Al principio, intenté negarlo, dudas ahogando mis pensamientos con dolor y pesar. Cada parte de mí necesitaba buscar a alguien a quien culpar, incluso si solo fuese para aliviar mis penas. Nada funcionó, la razón por la cual alguien cometería esa crueldad estaba más clara que nunca. Era una razón que yo conocía más que nadie.

De niña, nunca me paraba a fijarme en las diferencias de las personas. Lo único que me importaba era si me agradaban o si su presencia hacía lo contrario. Por esa misma razón, hice grandes amistades con los que realmente conocía. Es imposible ser amigo de todo con quien te cruces, pero hice todo lo que pude. Gracias a eso, conocí a mi mejor amiga, Amina, una chica de mi edad. Ella me dijo que venía de otro país, pero que quería quedarse aquí para siempre. Juntas, fuimos a todos lados. Solíamos vernos en las clases de natación, que tuvimos ese mismo verano, y por las tardes andábamos por el parque con mi abuela. Nuestras madres siempre decían que éramos inseparables y que juntas creceríamos. Casi nos veíamos todos los días, pero nunca nos cansábamos. Éramos mejores amigas, o al menos, lo mejor que dos niñas de 6 años podrían serlo. Los momentos que pasábamos juntas eran los mejores.

Un día como cualquier otro, cuando tenía siete años, estábamos dando de comer a los patos. Al pasear, escuchamos el comentario de unos chicos que pasaban.
-¿Desde cuándo dejan entrar a esta gente al parque? - Se le oyó decir con voz cruel. En el momento, no le di mucha importancia, frunciendo el ceño. Al oír como sus risas se silenciaban a lo lejos, me giré a Amira, temiendo ver una expresión similar a la mía. Lo que me vi fue vergüenza clara y tristeza en sus ojos. No era la primera vez que le decían algo así. Al llegar a casa le pregunté a mi abuela el por qué y ella me dirigió una mirada muy extraña.

-Solo son unos jóvenes, seguramente estaban bromeando.

Yo no le veía la gracia.

Esa fue la primera vez que noté algo distinto, pero luego, me di cuenta de que pasaba más frecuentemente de lo que me hubiera imaginado. A veces era un simple cruzar de calles. La gente, en lugar de seguir por la misma acera, se cambiaban solo para evitarnos. Otras veces, eran susurros que acallaban voces, y otras eran estos remplazados por supuestos accidentes.
Para mí, no tenía sentido, daba igual a qué adulto le preguntase o dónde buscase, nada me explicaba por qué la trataban de esa manera. Me parecía muy injusto, pero todos esos actos solo me hicieron sentir como si el estar con ella fuese un crimen.

Mientras ella se quedaba callada y recibía todo tipo de insultos, yo no sabía qué daba más vergüenza, el que no dijese nada o cómo parecí que iba a llorar.

Al final, me terminé acostumbrando a ver esa expresión de resignación que siempre me confundía. Era joven, en ese entonces, y no entendía por qué mi mejor amiga se sentía tan mal. Realmente la quería ayudar, pero ¿cómo puedes animar a alguien que se niega a explicar sus problemas? Esto me llevó a creer que era una llorona y yo pedí a mi madre algo que nunca me podría haber imaginado antes de ese momento.

—No quiero volver a ver a Amina.

Incluso ahora recuerdo la expresión que puso, como si ella ya se esperara esto. Me preguntó el por qué. Yo no sabía qué decir, así que dije lo único que se me ocurrió:

-Es muy molesta.

Desde ese momento las quedadas pararon, y ya no veía a quien solía ser mi mejor amiga tanto como solía. Sentí una pérdida brutal, aunque la culpa no era de nadie excepto mía. Cuando mis compañeros, acostumbrados siempre a verme con ella, preguntaron por qué ya no nos hablábamos, les dije que ella era una mentirosa y una llorona. Les dije que era mejor ser amigo de cualquier otra persona menos ella. Les conté todos sus fallos, todos sus secretos mientras deseaba que me validaran. Seguí hablando hasta que fue la hora de empezar la clase.

Vi cómo unos chicos se reían de ella. Amina me miró como si esperaba que la ayudase. Me di la vuelta y me fui de ese lugar.

Años ya pasados, cuando teníamos suficiente edad para que las dos supiéramos lo que yo había hecho, terminé recibiendo unas miradas de rencor y traición por su parte cada vez que nos cruzábamos. Actué como si no me importase, pero ver a la primera persona que había sido mi amiga, mirarme como si hubiese arruinado su vida, me afectó. No era justo.

Cuando ella se mudó a otro lugar por el acoso que sufría, me olvidé de ella. Tenía nuevas amigas que eran mejores que ella. No las insultaban en la calle solo por estar y podía quedar con ellas sin que me mirasen como si estuviese loca.

No fue hasta que vi cómo excluían a uno de mis compañeros por tener otro tono de piel que me di cuenta de la verdad. Él no era mi amigo y estaba segura de que cualquier otro se haría cargo y le ayudaría. Además, tampoco es que fuera tan grave. Solo eran unos niños siendo niños, como ya bien se sabe. Eso es lo que me dije a mi misma.

Quizás fueron esos eventos los que me llevaron a recordar una conversación con mis amigas. Habíamos quedado en la casa de una de ellas, ya no recuerdo quién. Solo sé que estábamos jugando y haciendo tonterías cuando alguien mencionó algo que había salido en las noticias. Yo no las había visto, siendo sincera. Prefería distanciarme de todos esos problemas que salían en la televisión, pero en ese momento, entendí:

- ¿Sabíais que están construyendo una pared entre Estados Unidos y México? - Dijo una de ellas, usando un tono como si fuera algo bueno.

Yo, como ya dije antes, no tenía ni idea del tema. No sabía ni él por qué ni él cuándo. Era un cambio de tema brusco y no estaba segura de qué decir. Así que me limité a escuchar. Algunas estaban defendiendo a los inmigrantes, diciendo que les parecía fatal o que era cruel sin razón. En fin, esa conversación fue un lío total. La gente hablaba una encima de otra, sollozando solo por algo que nunca nos afectaría. En medio de toda la conmoción, una voz me dio claridad:

- Habrán hecho algo, ¿no? No veo ninguna otra razón por la que les discrimen así- Con sus manos, hizo comillas, mostrando exactamente lo que pensaba sobre la segregación.

- ¿Qué? - Terminé diciendo, como si hubiese dicho algo fuera de lo normal, como si esa chica no tuviera la razón. Quería decir mucho más que un simple "que", quería preguntarle un millón de cosas, pero me quedé callada.

-No creo que los quieran echar sin alguna razón. Solo está intentando proteger a su país, dije yo.

Con esas mismas palabras, todas empezaron a discutir más y yo dejé de prestarles atención. Solo podía fijarme en las palabras de esa chica: "Habrán hecho algo". Era lo único que tenía sentido. La razón por la que la gente no actuaba, la razón por la cual la gente los odiaba. Al menos, eso es lo que me dije a mí misma, intentando ignorar la culpa que sentí al recordar a mi primera amiga, Amina. Por un momento, me pregunté qué habría sido de ella.

Así fue como aprendí a distanciarme de la gente que debía evitar y a ignorar a los que no callaban. Llegó un momento en el que me cansé de todas las quejas de igualdad. El racismo era algo que realmente en esta época ya no existía. Solo oírlo me recordaba épocas ya pasadas. Aun así, esas gentes se quejaban y quejaban sin parar, actuando como si un color u otro color de piel o venir de otro país les diera derecho a tener más privilegios. No me pareció justo en ese entonces, pero, si me fueras a preguntar ahora, no sabría qué decir.

De esa misma manera, evité todo problema, llegando hasta los finales de mi adolescencia en paz. Sabía que había un problema en el mundo, pero los únicos culpables a mis ojos eran las mismas víctimas.

Cuando venían a hablar del racismo y la discriminación en mi bachiller, estaba todo el rato intentando no torcer la mirada. Me parecía estúpido que nos quitaran tiempo de cosas realmente importantes solo para hablar del mismo problema una y otra vez. Daba igual cuántas veces lo repitiesen, no iba a volver el problema más real o importante. No sabía qué era peor, si las charlas del bullying, las del racismo o las de

las drogas. Al menos en las de las drogas, podía ignorar el remordimiento dentro de mí. Incluso cuando no estaba, podía sentir las miradas de Amina. Intenté reírme de ello, sinceramente, pero la presión en mi pecho y el dolor bajo mis ojos y frente hicieron que sonara más falso que mi amistad con ella.

En la universidad me olvidé de estos problemas; estaba demasiado ocupada como para estar pensando en una amiga de la infancia de la que me distancié. Pero, cada vez que mencionaban la discriminación, sentía una furia bruta y anormal. Siempre era lo mismo. No podía más, así que dejé de creer. Empecé a dudar de hechos en el mundo que todos decían que eran verdad. Si las víctimas de dichos crímenes eran diferentes a mí de alguna manera, desconfiaba de la veracidad de ello. Al fin y al cabo, era lo único de lo que hablaban en las noticias.

Antes de que yo supiera, ya estaba actuando como esos mismos señores de hace tantos años. Si me hubieras preguntado en ese entonces, lo hubiera negado.

Seguí de la misma manera por todas mis clases, viviendo en un ciclo vicioso. Estudiaba hasta que no podía más, ignoraba los mensajes de mis amigas mientras que todas mis acciones me seguían sin parar. Lo intenté justificar una y otra vez, eso no lo negaré. Pero incluso si actuaba como que funcionó, toda la noche recordaba cómo hice que una niña se tuviese que mudar. Alguien que estaba buscando refugio y lo único que yo hice fue rechazarla.

Todo momento en el que no estaba trabajando, recordaba su cara. Muchas veces me pregunté cómo se sentiría ese día que la abandoné. En mis ojos, solo estaba dejando a una chica pesada y molesta, pero ahora me daba cuenta del daño que hice.

Quizás fue eso lo que me llevó a actuar de manera irracional. Un día que debería haber sido normal, me levanté y decidí visitarla. Si solo pudiera pedirle perdón... Todo se arreglaría y esa culpa que me estaba matando tal vez desaparecería.

En vez de perdonarme como yo esperaba, me insultó en la cara. No me quería volver a ver en su vida, o al menos eso dijo. Hice lo que pude, le dije que lo sentía, pero lo único que eso hizo fue que me llamase hipócrita.

-¡No me estás pidiendo perdón porque lo sientes!- Ella me gritó, llorando. -Lo único que quieres es parar de sentirte mal.

El dolor de culpabilidad dentro de mí nunca paró. Yo continué con mi vida como si nada. Volví a sentir un desprecio por gente como ella. Ahora sé que lo único que realmente quería era sentirme como una buena persona; que me perdonara, pero el miedo que tenía de haber hecho algo terrible, me llevó a pensar que era su culpa y no mía.

Vivir en un mundo en el que la única opinión correcta es la tuya era sorprendentemente fácil. Y funcionó; al menos durante un largo tiempo. Me aislé de grupos enteros sin alguna razón, dudé de todo lo que veía en la televisión y me negué a ayudar a la gente que realmente lo necesitaba. A mis ojos, no estaba haciendo nada malo. Nadie tenía el derecho de decirme con quién hablar y con quién no.

Pero pasó algo que nunca me podría haber esperado. Cada día el mundo progresaba más y más, dejando cosas como el odio y la discriminación atrás. Día tras día salían más a la luz casos terribles de crímenes de odio, causados solo por el racismo, sin nadie a quien culpar. Esos costaron mucho más de defender porque cuando lo único que oyes en las noticias es cómo matan a niños y ciudadanos inocentes solo por vivir en un país en guerra, es imposible no sentirse mal.

Era una situación enfermiza para mí, aún más terrible para todas las víctimas de las mismas tragedias que yo negaba aceptar. Todas las veces que me intentaba alejar de eso, era en vano.

Cuando tenía nueve años, dije algo terrible y le arruiné la vida a quien era mi mejor amiga; eso era completamente mi culpa, pero me había negado todas mis disculpas y no podía obligarla a perdonarme. Lo correcto, lo sano, era aceptarlo y hacer cualquier otra cosa con mi vida. Sería difícil, pero si lo lograba olvidar, por fin podría dormir en paz.

Mientras yo cuestionaba todas mis acciones en mi vida, me choqué con una mujer y su hijo. Lo primero que noté de ellos fue su color de piel. No me fijé en cómo la mujer parecía a punto de llorar, ni me di cuenta de cómo se veían heridos, habiendo sufrido

una desgracia. En lugar de eso la miré con cara de desprecio, sin siquiera intentar comprender su situación. Ahora, años pasados desde ese incidente, puedo decir que me arrepiento. La mujer me empezó a hablar, y yo, en mi enfado, me negué a escuchar. Estaba más ocupada pensando en cosas que realmente no importan. Aún así, esa mujer me contó algo terrible. Pensaba que la esclavitud era algo del pasado; incluso que ni siquiera existiendo el odio y el racismo, eso ya había desaparecido para siempre. Pero lo que esta mujer me dijo era terrible, era traumatizante. Sollozando, habló sobre cómo le habían ofrecido un puesto de trabajo en otro país, prometiéndole dinero y seguridad para su hijo. Cuando llegó ahí, le rompieron el pasaporte y la obligaron a trabajar a ella y a su hijo, amenazándoles con decirle a la policía que estaban ahí ilegalmente. Al oír esto, yo estaba horrorizada. Nunca había oído de algo así. Me rogó que ayudara a su hijo que, incluso semanas después de haber llegado de vuelta a España, no había tenido mucho qué comer. El pobre niño estaba herido y cubierto de sangre con claras dolencias en su piel. Tenía callos en sus manos y empeines. Sugerí llevarle al hospital, pero las dos ya sabíamos que el niño ya estaba muerto. Incluso si respiraba y podía llegar hasta el hospital vivo, nunca sobreviviría después de todos los maltratos de su secuestro. Era terrible, era cruel, era algo que había negado toda mi vida y en ese momento, con una madre llorando por su niño al lecho de muerte, realmente me di cuenta de lo ignorante que era.

Yo también formé parte de un sistema en el que lo que realmente importa es ignorado. Yo no fui de las que insultaron a mi mejor amiga, tampoco apoyé a los que convirtieron a esa madre y su hijo en esclavos, pero era exactamente igual que ellos. El solo ignorar ese problema hacía que mucha más gente pudiera atacarles. Yo podría haber defendido a Amina, podría haber ayudado a ese niño que una vez encontré. Ahora era demasiado tarde. Ante mis ojos, por primera vez, encontré el resultado de años de ignorancia. Todas las veces que había dicho cosas como "alguien más les ayudará" o "no es mi problema", solo empeoraba el problema de nuestra sociedad.

No solo fue mi culpa, sino de todos los que les ignoraron. Sé que el que ahora haya cambiado para mejor y que intente ayudar no justifica nada. Incluso si crees que solo eres tú el que se niega a ayudar y que alguien más lo hará algún día, estás equivocado. Porque si todos se niegan a ayudar, no habrá nadie que lo haga más tarde.

"A través de los ojos de un niño, todos somos iguales"

Título: Sifo Mensa y Ana Suarez. Autora: Cristina Martínez de Nemesio.

Prólogo:

Paseo por la calle, voy cabizbajo, pero con un paso acelerado. Oigo a un niño pequeño preguntar sin parar de mirarme: ¿Por qué lleva un disfraz si no es carnaval? Le miro, miro a sus padres que parecen avergonzados, la madre hace un gesto parecido a un "lo siento" y el padre cubre la boca de su hijo con la mano. Yo les ignoro, no era la primera vez que pasaba por una situación parecida. No me quería acostumbrar, pero parte de mí ya lo había normalizado. Sabía que ese niño no estaba utilizando maldad en sus palabras, pero esa situación me recordó a gente que sí y que su único motivo para hacer esos comentarios era para herir.

Estaréis pensando ¿Quiénes harían eso? y ¿por qué? Bueno, pues yo solo os puedo responder a una pregunta y es ¿quiénes lo harían? Bien, pues nada más y nada menos que unos seres que no controlan el poder de sus palabras o cómo pueden afectar, o quizás sí lo saben, pero les da igual como casi todo. Lo sé porque yo también pertenezco a esa especie, llamada "adolescentes". Los adolescentes se pueden dividir fácilmente en tres grupos desde mi punto de vista. Uno de ellos son los depredadores, es decir, la mayoría de mis compañeros de clase, los que se aprovechan de las presas. Ahí estoy yo, pertenezco a ese grupo, la mayoría de las "presas" de mi clase tenemos, como dijo el niño del principio, un "disfraz". ¿No lo entendéis verdad? El niño se refería a mi tono de piel. Tengo procedencia africana y me gustaría poder expresar mi orgullo hacia mi raza. Por desgracia estoy en un ambiente o una época equivocados donde seré juzgado por ello siempre o, eso creía yo.

Antes de que os cuente el resto de mi historia os voy a contar cuál es ese tercer grupo de adolescentes, para mí es el mejor, los voy a llamar las "setas". Las setas no hacen nada, ni bueno ni malo; no se meten con las presas, pero tampoco las defienden y no se encaran con los depredadores, pero tampoco les apoyan. ¿que qué consiguen? Pues llevarse bien con todo el mundo. Así eran todos los días, las presas éramos acosadas por nuestra raza por los depredadores mientras que las setas hablaban tranquilamente en un banco. Pero llegó el día, ese día que nunca olvidaré cuando llegó ella y todo cambió.

Capítulo 1: Soy Sifo Mensa de Nigeria.

Hola me llamo Sifo, Sifo Mensa. Ya sé que suena raro, es que es de origen africano, más concretamente de Nigeria. "Sifo" significa regalo y "mensa" significa tercer hijo nacido de una

pareja. Esto último además coincide con la realidad porque soy el tercero de cuatro hermanos. Es curioso, ¿no? Es una pena que a los depredadores de mi curso les de igual. Al menos no soy el único de mi familia que sufre por eso. Tengo catorce años y voy a un instituto llamado "La Unión". Patinaron un poco con el nombre porque digamos que las presas no estamos muy unidas con los depredadores ni con las setas.

¡Ah! No he presentado a mi familia. Primero está mi padre que se llama Mandla Mensa. Mandla significa fuerza y tiene bastante razón porque, aunque mi padre ya no va al gimnasio, está muy en forma. Luego está mi madre, Chantelle Mensa, (adoptó el apellido de mi padre). Su nombre significa "piedra". Estudió Derecho, pero por su raza no la dejaron tener un trabajo de abogada aquí.

Después está mi hermano mayor llamado Hakim Mensa, cuyo significado es "el gobernante o el sabio". Tiene dieciocho años y le encanta el fútbol, pero no le dejaron entrar en el equipo del instituto.

Le sigue mi hermana mayor Ebony Mensa. Ebony significa "madera negra profunda". Tiene dieciséis años y su mayor afición es la moda. Ebony intentó inscribirse en un concurso de moda, pero incluso los profesores no la dejaron. Por suerte, mi hermana tiene un mejor amigo, se llama Daniel es alto, con el pelo corto y castaño muy claro, ojos verdes y tiene muchísimas pecas en su cara. Por fuera parece un tipo muy bruto y robusto, pero en realidad es muy sensible, picón y llorón, pero tiene buen corazón. Siempre he pensado que a mi hermana le gusta Daniel. El caso es que Daniel se inscribió al concurso, pero presentó los diseños de mi hermana y... ¿Adivinad? ¡Ganó! Le dio todo el dinero a mi hermana y ella agradecida decidió darle parte del dinero.

Y, por último, mi hermana pequeña. Se llama Ava Mensa. El nombre de mi hermana pequeña tiene varios significados, ya que significa "pájaro", "vida" y "voz". Tiene doce años. Es con la que mejor me llevo, hacemos todo juntos. ¡Ay! ¡se me había olvidado! Aún queda un miembro más de la familia por presentar, a nuestro perro de raza "cotón de tulear" (es una raza africana) se llama Willy. Es mi mejor amigo. Y esa es toda mi familia, aunque todos suframos por discriminación, nos apoyamos mucho unos a otros.

Capítulo 2. ¿De dónde vienes?

- ¡Sifo! - Dijo la voz de mi madre. - ¿Qué? - dije. - ¡Sifo! - Volvió a decir la voz de mi madre. - ¡Qué! - Repetí. - Ve con Ava a hacerme un recado- Me pidió mi madre. Cogí mi bicicleta y mi hermana cogió la suya. La mía era algo vieja, la había heredado de mis hermanos, pero estaba

en mejor estado que la de mi hermana. Corríamos con las bicis, no queríamos que nadie nos viera. Cuando ya tuvimos la compra en las cestas de la bicicleta, oí un silbido, venía de la bicicleta de mi hermana. - Ava se te ha pinchado una rueda- Advertí a mi hermana. - ¿Qué? - dijo mi hermana mirando atrás, entonces perdió el equilibrio y se cayó, toda la compra salió disparada. Me bajé de la bici y la ayudé, me fijé en que se le había roto el casco. Se lo quité - ¡Eh! ¿qué haces Sifo? ¡Se me va a caer la capucha! - Se quejó mi hermana pequeña. - ¡Hey! Dejadme ayudaros – dijo una voz femenina. - No, no, no hace falta. - dije. Ignorando mi réplica, la niña desconocida se agachó a ayudarnos. Era alta, morena, con el pelo largo y sonriente. En ese momento a mi hermana se le cayó la capucha. La chica abrió su boca, sorprendida, al ver el pelo afro de mi hermana. - ¡Me encanta tu pelo! - dijo la chica. Mi hermana se puso roja y se aguantó las lágrimas. Sus compañeros se habían metido mucho últimamente con ella por su pelo. Se volvió a poner la capucha, recogió rápido la compra que quedaba en el suelo. - ¡Vamos Sifo!- Dijo Ava subiendo a la bici, sin mirar atrás. - ¿Sifo? Que nombre más raro, me gusta. - dijo la chica misteriosa. - eh... gracias. Bueno, me voy. - dejando a la chica con la palabra en la boca, cogí mi bici y seguí a mi hermana. - ¿De dónde venís? - Dijo la chica. - Ya empezamos. Otra depredadora. - dijo mi hermana. - ¿qué? - dijo la chica. - Perdónala. - dije. Y nos fuimos en bici. Mi hermana intentaba pedalear rápido mientras que la rueda iba perdiendo presión.

Cuando llegamos a casa le dimos la compra a mi madre y mi hermana se encerró en su cuarto con la música a todo volumen. Me pareció oírla llorar. Me puso muy triste, me toqué el pelo, es parecido al de mi hermana, pero mucho más corto. Cuando vivíamos en África hace cuatro años a todo el mundo le encantaba el pelo de mis hermanas. De repente empecé a echar mucho de menos nuestra antigua casa de África.

Capítulo tres. La chica nueva.

- ¡Despertad! - dijo mi padre. Entró en mi habitación, bueno la de Hakim y la mía. - Despertad a vuestras hermanas. - nos ordenó mi padre. Mi madre ya habría entrado a trabajar, trabaja de limpiadora y entraba a trabajar todos los días a las cinco de la mañana. Hakim y yo despertamos a Ebony y a Ava, desayunamos y fuimos todos al instituto en bici.

Me senté en mi pupitre y mientras sacaba mis libros sentí un líquido cayéndome por la cabeza, miré arriba, era, como no, Toni, el mayor depredador de todos los del curso. Me estaba tirando un brik de leche. - A ver si te tiñes un poco, jejeje – rio. Parecía satisfecho por hacerme eso.

La profesora entró en el aula y anunció: - Chicos tenemos una alumna nueva. - Entonces, entró ella, ¡Era la chica que nos había ayudado a Ava y a mí.! Se presentó: - Me llamo Ana Suarez,

tengo catorce años y vengo de Málaga. - Me la quedé mirando. - Loquito por la nueva eh- dijo una voz, me giré, era Tam, otra presa, es de mis mejores amigos. Tam es de origen chino y Toni y otros depredadores le llaman cosas como Simpson porque tiene la piel un poco amarilla. - ¿Qué dices Tam? Si ni la conozco. - Mentí. - Te puedes sentar al lado de Sifo.- dijo la profesora. Antes de que la profesora le señalase a Ana Suarez quién era yo, ella fue directa a donde estaba, cogió una silla y se sentó al lado mío, en el mismo pupitre. -Hola, qué coincidencia que vayamos a la misma clase- Tam no paraba de reírse. - ¡Que se te cae la baba Sifo!- decía. Yo estaba rojo, pero entonces Toni le dio una colleja a Tam y le dijo –Calla Simpson- Tam se calló, pero Ana le dijo: -Respeta a la gente y cállate tú - Toni creyéndose el chico más guay del mundo le respondió - Espero que no te juntes con esos pringados, guapa. - Ana puso los ojos en blanco, molesta. Estuvimos hablando toda la clase, era maja y aunque me costase reconocerlo era muy guapa, pero no me gusta como dice Tam.

Luego llegó el recreo. Al principio del recreo, Ana estuvo con Tam, conmigo y el resto de las presas. Pero después de unos diez minutos dijo – Ahora vuelvo. - ¡Y se fue con las setas! Habló con ellas, se rio con ellas. - Pero... ¿qué hace? - me dijo Tam - Ni idea- respondí igual de confuso que mi amigo. Después la vimos alejarse de las setas y caminar directa hacia... - ¡Que va a dónde Toni! - exclamo Tam fuera de sí. Toni y ella se reían, me estaba poniendo histérico, quién iba a llevarse bien con toda la clase y encima hablar con Toni. ¡Qué rabia! Siempre le tiene que salir todo bien a Toni. Que no me importa si a Ana Suarez le cae bien Toni, o si le gusta, pero simplemente me daba rabia verlos juntos.

Estuvo hablando con los depredadores casi todo el recreo y cuando volvió le pregunté: - ¿Qué te han dicho? - Ana me respondió tranquilamente: -Nada fuera de lo normal, se han presentado, sois todos muy majos- Tam que pareció que no le importaba que Ana se enterase de que la habíamos estado espiando dijo. - Has visto Sifo, a la nueva le gusta Toni. - dijo mi amigo. Ana se empezó a reír y dijo: -Mira que sois raritos que me espiáis y no, no me gusta Toni. Lo que no me ha parecido bien es lo que le hicisteis, os pasasteis mucho. - Antes de que pudiéramos preguntar de que hablaba vino Toni, agarró a Ana del brazo y se fueron hablando y riendo. - Genial- dije con tono irónico. -Toni se habrá inventado algo y ahora Ana nos odia. - le dije a Tam. -Pues otra depredadora más. Es una pena, me estaba cayendo bien y hacíais buena pareja. - dijo Tam ¿De qué hablaba Tam? No creo que Ana fuese así, pero... ¿Y si me equivocaba? – Ana no es una depredadora. - sentencié.

Capítulo cuatro. Copo de nieve.

- ¡Lo sabía! - exclamó Ava - ¿El qué? - dije. Estábamos en la mesa comiendo. Habían pasado unos días y había llegado el fin de semana. Ava había visto a Ana esa tarde y la reconoció, me estuvo acribillando a preguntas sobre Ana y de por qué no la había dicho nada sobre su llegada a nuestro instituto. Finalmente le conté a mi familia lo ocurrido con la llegada de Ana a mi clase y lo que sucedió en el recreo de su primer día. Ana no nos había vuelto a hablar desde entonces. Pensaba que íbamos a ser buenos amigos y verla todo el día con Toni tampoco ayudaba. Una cosa que me sorprendió fue que, desde la llegada de Ana, ni Toni ni ningún otro depredador se había metido con alguna presa. Habían sido días bastante tranquilos pero muy extraños. ¿Y si le estaban enseñando a Ana a ser una depredadora?

-Pues que va de chica buena pero luego es una racista. Que la pregunta ¿de dónde sois? Sobraba completamente. - Se quejó mi hermana recordando el incidente del día en que la conocimos. - No creo que sea así, no lo diría con maldad. - dije, defendiendo a Ana. - Enano, ¿por qué la defiendes tanto? - me preguntó Hakim. -Ya, seguro que en dos días ya se está metiendo contigo y llamándote cosas como "conguito" o "niño del anuncio del Colacao"- soltó Ebony como si eso fuese lo peor que me habían llamado.

Por la tensión que había me di cuenta de que ninguno de los que estábamos presentes habíamos tenido un buen día. En ese momento, lo único que quería hacer era irme a mi cuarto y desaparecer. Todo era culpa del abuso al que se estaba sometiendo mi familia, llevábamos los cuatro años que habíamos estado viviendo en España sin tener un día bueno. A veces me gustaría ser como Toni, piel blanca, pelo liso, con acento cántabro muy marcado. También me gustaría que no hubiese depredadores, ni presas, ni setas, me gustaría que todos nos llevásemos bien y que estuviésemos unidos.

En ese momento sonó la puerta de mi casa, - Voy yo. - le dije a mi familia. Abrí la puerta y estaba... ¡Ana y Tam! Pero... ¡Ana estaba tirando de la oreja a Tam! - ¿Qué pasa? - pregunté - ¿Por qué os metéis con Toni? - dijo Ana enfadada. - ¿Qué dices? - la volví a preguntar. Estaba muy confuso, ¿Cómo sabía Ana dónde estaba mi casa?, ¿Se lo habría dicho Tam? Y... ¿Cómo sabía dónde vivía Tam? -Dice Toni que le llamáis cosas como copito de nieve, por ser tan blanco, me lo ha dicho. -

Mis hermanos se asomaron a ver que estaba ocurriendo. Ebony se asomó, estaba con su móvil, mandándole mensajes a Daniel, sonriendo y soltó la correa de Willy. Ana agarró a Willy lo metió en su cesta de su bici y empezó a pedalear. -Voy a por ella, creo que sé dónde va, quedaros

aquí, menos tú Tam. - Nos subimos los dos en mi bici, y seguimos a Ana, iba al bosque, el lugar favorito de los depredadores.

Capítulo cinco. La reconciliación.

- ¡Dame a mi perro y dejadnos en paz! Ana, no pensé que fueras así. - grité, dolido. -Toma a tu perro, es muy mono. Y ya sé que soy muy maja. - dijo Ana con ese tono tan relajado que tiene al hablar. - ¿Qué? ¿Nos estás tomando el pelo? - preguntó Tam. -Ya me gustaría pringaos- dijo una voz muy familiar. -Toni, ¿qué hemos estado practicando? - dijo Ana. -Perdón amigos. - dijo Toni con una sonrisa un poco forzada. No entendí nada de lo que estaba ocurriendo, pero no podía parar de abrazar a Willy.

- ¿Alguien me puede decir qué está pasando? - pregunté, soltando finalmente a mi perro.

-Pues que en mi primer día vi como Toni y su pandilla os trataba y supe que algo pasaba, porque si alguien daña a alguien, significa que es él el que está dañado por dentro. Me hice amiga de Toni y conseguí sacar al verdadero Toni, un chico muy majo que no se daba cuenta de sus actos. ¿Verdad? - Explicó Ana llamando a Toni con la mirada

. -Sí- dijo Toni, parecía verdaderamente avergonzado. -Tengo muchos problemas familiares, llevaron a mi padre a la cárcel hace unos cuatro años. Un chico inmigrante musulmán pegó a mi padre por no querer darle mucha limosna. Él se defendió, se pelearon hasta derramar alguna que otra gota de sangre. Los llevaron a los dos a prisión, les condenaron por mucho tiempo. Y como un tonto, le cogí manía a todos los extranjeros lo siento. ¿amigos? - confesó Toni llorando.

Nos fundimos en un abrazo, los cuatro. Ana se disculpó por las formas en la que nos hizo venir al bosque, todo había sido plan de Ana y Toni. -Ay, qué lista es Ana. - pensé mientras me daba un abrazo, Tam y Toni se reían de nosotros. -ya vale parejita- dijo Toni. Ahora no hay depredadores, ni presas, aunque sigue habiendo setas, me encanta, ahora sí estamos unidos, gracias a Ana que nos enseñó que todos somos iguales. Quizás Tam tenía razón y sí que me estaba empezando a gustar Ana... pero eso es otra historia.

FIN.